

# De Lacandonia al Amazonas

Fernando Cesarman

## Se apaga la respiración de la selva

La destrucción de la selva tropical en toda la superficie del planeta será uno de los temas importantes a tratar en la reunión de las Naciones Unidas en Río de Janeiro, el próximo mes de junio. Este es la segunda vez que se efectúa esta conferencia cumbre, la primera vez fue en Estocolmo en 1972, bajo el lema de una Sola Tierra. A pesar de las conferencias y las voces de alarma la superficie de las selvas se reduce con una rapidez que ante los ojos de un observador consciente deben causar miedo.

Nos encontramos otra vez ante el doloroso espectáculo anual de los incendios en los bosques y de la quema de selvas tropicales, un mal que tenemos que sufrir por necesidad. Obviamente no ha sido posible, hasta ahora, poner medidas de prevención adecuadas. Algunos incendios pueden ser naturales, inevitables, otros, los más, se deben al descuido, a la voracidad o a la necesidad. Como quiera que sea, los incendios forestales, así como la tala, son causa de enorme dolor para nuestro territorio. Convertir zonas arboladas en cerros y llanos pelones y áridos es una verdadera salvajada.

Pero ya he escrito y escribiré sobre los incendios en nuestros bosques, en Quintana Roo, en la Lacandona, en las Chimalapas, en Morelos, en el Estado de México, en La Malinche.

Se nos está acabando nuestra superficie boscosa. Esos sitios arrasados pueden convertirse en estupendos corredores industriales. El trueque de árboles por industria puede resultar positivo para la economía, aunque desastroso en el caso de la salud.

Hoy quiero referirme a una selva que por su tamaño e importancia sí merece la atención de todo el mundo, una verdadera selva tropical, no las pequeñas subdesarrolladas y poco importantes, como las chiapanecas, que apenas si alcanzan unos cuantos artículos y algunas reuniones aisladas. No sé merecen ni un

"Podemos indignarnos por la magnitud del ecocidio, pero hasta ahí llega nuestra fuerza ecologista. Más allá de la barrera de la conciencia permitimos que continúe la destrucción del árbol y la extinción de la vida".



libro serio.

Esto no sucede con la Amazonia, ésta si es de primer orden, la selva de las selvas, la más grande del mundo, la de mayor variedad de especies animales y vegetales, el sitio donde hay más vida por milímetro cuadrado, la biómata pa-

sa a la fábrica natural de la transformación de bióxido de carbono, la cuna del maravilloso río Negro y del Amazonas, fuente de agua dulce, canto de aves y rugir de felinos, matriz de mariposas y cama de reptiles. Es enjambre de ranas. Es madera, raíz, hojas y frutos.

**"El trueque de árboles por industrias puede resultar positivo para la economía, aunque desastroso en el caso de la salud".**

Y sin embargo, a pesar de la fama, de la belleza fotografiada, de los discursos parlamentarios, de la importancia en el clima global, se encuentra recibiendo el mismo maltrato que su hermana menor, la lacandona. Lo que sucede es que el hombre no respeta. Podemos criticar, presumir de conscientes, escuchar la voz de ecologistas y los datos precisos de los biólogos, hasta podemos indignarnos por la magnitud del ecicidio, pero hasta ahí llega nuestra fuerza ecologista. Más allá de la barrera de la conciencia permitimos que continúe la destrucción del árbol y la extinción de la vida.

Además, la aporreada Amazonia está de moda, los países industriales han encontrado el contrapeso de la enorme contaminación de sus industrias en la conservación de esta selva.

Si permanece en buen estado, se tendrán los árboles suficientes para purificar el aire que ellos contaminan. Las selvas son equipo anticontaminante natural de las fábricas más modernas. Por lo menos eso creen los poderosos industriales.

En dos artículos del *The New York Review* (7 de marzo y 21 de marzo, 1991), Keneth Maxwell, fundador del Centro Camoes de la Universidad de Columbia, escribió un extenso estudio en donde, revisa nueve libros publicados recientemente sobre las vicisitudes y los complejos problemas de esta importante área del planeta. La selva brasileña por lo menos tiene nueve libros gordos y empastados.

La importancia de la Amazonia es enorme, Maxwell la describe como una vasta región no toda selva tropical ni toda

brasileña. Esta área incorpora cerca de sesenta por ciento de Brasil e incluye sabana, pradera, tierra húmeda, selva baja y la selva tropical, tierras conectadas al sistema del río Amazonas, el que contiene una quinta parte del agua fresca del planeta.

El río se eleva a más de 5 mil metros en los Andes y fluye por 4 mil millas hasta que alcanza el Atlántico, pero si uno lo recorre 3 mil millas hacia el interior, desde el mar, se eleva sólo unos 100 metros. La boca del río tiene una amplitud de 200 millas y, por 1,000 millas río arriba, hay 10 kilómetros de ancho; barcos que llegan del océano pueden viajar hasta dos mil millas adentro. El río y la selva cubren el corazón del continente y ocupan nueve países sudamericanos. Diecisiete tributarios del Amazonas tienen más de mil millas de largo, cada uno más que el Rhin.

La selva amazona es la más grande de las que aún quedan en la Tierra y, su vida natural, la más rica y diversa contiene más de veinte por ciento de toda la vida vegetal superior, la misma proporción de especies de aves, y diez por ciento de los mamíferos. Los árboles grandes forman densa cúpula que detiene casi totalmente el paso de la luz del sol. En la semiobscuridad miles de especies medran y sólo una pequeña parte de éstas son conocidas y, menos aún, las clasificadas por los científicos. Cada árbol puede albergar hasta cuatrocientas especies de insectos. La temporada de lluvias inunda los depósitos acuíferos a lo largo de la orilla, donde se forman áreas ricas en palmas, frutas, tortugas, peces y aves acuáticas. Los naturalistas han encontrado quinientas especies diferentes en un pedazo del bosque de los espacios inundados. En el sur y en el este hay bosque con abundante caoba, nueces brasileñas y árbol del hule.

Los relatos de los primeros conquistadores impresionan por las descripciones de la abundante vegetación que se extendía

**"Las selvas son equipo anticontaminante natural de las fábricas más modernas. Por lo menos eso creen los poderosos industriales".**

virtualmente por toda la costa de Brasil, hoy deforestada casi en su totalidad. Antes de que llegaran los europeos la población indígena se calculaba en tres millones y medio, hoy sobreviven 200 mil.

Los riquísimos bosques alrededor de las radas naturales de Río de Janeiro y Bahía, como la de Recife en Pernambuco, fueron destruidas y se destinaron al cultivo de la caña. Las refinerías requerían de leña para calentar las calderas, por lo que las selvas costeras fueron arrasadas.

En la actualidad, a pesar de la enorme conciencia sobre la necesidad de conservar la Amazonia, los proyectos de carreteras, caminos, presas, y los interminables incendios provocados por el hombre en busca de tierra cultivable, de pastoreo o para la minería, continúan provocando no sólo la disminución de su tamaño, sino que los cambios en el ecosistema y en el delicado equilibrio de los elementos puedan provocar hasta su desaparición. Y, desafortunadamente, debajo de la selva hay desierto.

Los problemas sociológicos, económicos, políticos y demográficos son grandes y complicados. Donde prevalecen intereses de dinero y de poder no los hay por la conservación ambiental.

**"Antes de que llegaran los europeos se calculaba — en el Amazonas — una población de 3.5 millones de indígenas, hoy sobreviven 200 mil".**

**"Donde prevalecen intereses de dinero y de poder, no los hay por la conservación ambiental".**